

CRECIMIENTO FRENTE A ELECCION (*)

1. INTRODUCCION POLITICA

El crecimiento económico (1) está volviendo a ocupar una posición central en la economía—en teoría, aunque no aún en la práctica—que no había tenido desde Adam Smith. Esta vuelta a la actualidad es muy conveniente, dado que el crecimiento es, sin duda, la “mejor” cosa que puede suceder en economía—mejor que el comercio libre o el logro de la distribución óptima de los recursos entre fines competidores o, incluso, que el pleno empleo—. Esto se puede demostrar muy sencillamente: el fin principal del hombre económico es la abundancia material, desea tener tanto de cada cosa como sea posible. Pero para que este estado de cosas se alcance efectivamente, la economía debe crecer, es decir, la producción por habitante debe aumentar. El crecimiento económico es entonces, por definición, la condición *sine qua non* para el logro del fin supremo de la economía y, por tanto, constituye un objetivo primordial por sí mismo. Es y debe ser un cuclillo en el nido de los temas económicos. Este artículo

(*) Traducción del artículo de P. WILES: “Growth versus choice”, *The Economic Journal*, vol. LXVI, núm. 262 (junio 1956), págs. 244-255. Parte de este artículo fué leída como un trabajo presentado a la “British Association”, en septiembre de 1954. El autor está agradecido, por las críticas y correcciones que se le hicieron, a Miss P. Adyt, a los señores N. H. Leyland y G. B. Richardson. La traducción ha sido realizada por Emilio DE FIGUEROA MARTÍNEZ.

(1) *N. del T.* En la literatura actual, los términos “crecimiento”, “desarrollo” y “progreso” económico se utilizan como sinónimos.

examinará sólo su relación con otro tema: el de la economía de la elección o escasez.

Debemos investigar primero el ritmo óptimo de crecimiento. En la época actual, de guerra fría, los propósitos de la propaganda, la política exterior y la estrategia militar exigen que el ritmo de crecimiento económico en los países de la NATO no sea inferior al de los países comunistas: por ejemplo, el 5 por 100 anual de la renta nacional real neta. El crecimiento de los soviets es, realmente, del 6 por 100 anual (2), pero el de la China es, sin duda, más lento y bastaría para duplicar el 2,5 por 100 característico, como un aceptable promedio, del desarrollo económico de los países no comunistas. ¿Son tales esfuerzos realmente necesarios?, pudiera uno preguntarse. ¿Es suficiente nuestra actual superioridad económica? De nuestros acopios estamos actualmente gastando más, en realidad, que los comunistas en el rearme e invirtiendo mucho más que ellos en las áreas atrasadas neutrales. Pero aunque aventajemos a los comunistas por el momento, su crecimiento económico es dos veces mayor que el nuestro y, por tanto, estarán en condiciones de adelantarnos en el futuro. La guerra fría durará aún mucho tiempo. Sólo desarrollándose más de prisa que el enemigo podremos mantener la ventaja. No basta con que sólo las áreas atrasadas alcancen tales ritmos de crecimiento, porque en tanto permanezcan libres sólo podrán crecer importando capi-

(2) El ritmo de la anteguerra (1.928-37). Cf. GROSSMANN en *Soviet Economic Growth* (ed. A. Bergson), págs. 5-12. En 1948-50 el ritmo de crecimiento fué mucho mayor: JASNY, *Social Research*, primavera de 1954, págs. 37-8. El ritmo corriente de los Estados Unidos (1948/9 a 1952/3) es meramente del 3 por 100 anual. El ritmo británico es aproximadamente del 2 por 100. Todas estas cifras son, por supuesto, menores si se calculan por habitante: en un 1 por 100 menor para la Gran Bretaña, 1,5 por 100 para la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Semejante comparación, que relaciona economías con estados de madurez complementamente distintos, no debe tomarse, naturalmente, como una clasificación definitiva con arreglo a un orden cualquiera de méritos. Para tal fin sería necesario comparar, hasta donde fuera posible, los tres sistemas económicos en la misma etapa de madurez. Es lo que yo he hecho muy brevemente en *Foreign Affairs* (E. U. A.) julio 1953. En realidad, el mismo orden de méritos surge entonces. En su etapa inicial, la economía soviética ha crecido más de prisa que cualquier otra economía en idéntica etapa de desarrollo; ¿debemos inferir de aquí que sucederá lo mismo en su etapa intermedia?

tal, y el capital necesario es tan enorme que los países adelantados no podrán proporcionárselo si no se desarrollan al mismo tiempo, especialmente si han de suministrar el capital en condiciones *muy favorables*, en competencia, a este respecto, con el comunismo. Por otra parte, argumentar sólo en términos de crecimiento de las áreas atrasadas es olvidar la necesaria superioridad que hay que mantener en el aspecto de los armamentos.

2. EL CRECIMIENTO INDEFINIDO

Esto, en lo que respecta a la política. Basándose en el puro bienestar, la cuestión es, sin embargo, mucho más complicada y no la discutiremos aquí, excepto para subrayar que el logro del *máximo* crecimiento sería, verdaderamente, muy desagradable para la generación que tuviera que soportarlo. El ritmo ideal es menor que el máximo (3), aunque no existe apenas razón, por el lado de la demanda, para suponer que el crecimiento debería empezar a decaer en cualquier futuro previsible. Es decir, no necesitamos considerar aquí la posibilidad de "un agotamiento de las oportunidades de consumo", en un enfoque aproximado a lo que los comunistas llaman pleno comunismo. Esto tendría lugar en el momento en que la productividad fuese tan grande que todas las necesidades de los consumidores pudieran ser satisfechas; aun cuando no fuese necesario una explicación basada en la demanda efectiva. El ocio aumentaría entonces en proporciones casi intolerables, el dinero caería en desuso y sólo tendríamos que ir a las tiendas y servirnos nosotros mismos. La elección y la escasez dejarían de ser un problema, y la economía se convertiría en un estudio inútil. Semejante estado de cosas, en el caso de que fuese posible, está todavía, en verdad, muy lejos. Nos ocuparemos aquí del período intermedio.

Al descartar este interesante problema como fuera de nuestro alcance e insistir en que las economías capitalistas maduras pueden y deben crecer tan de prisa, por lo menos, como las comunistas no maduras, queremos indicar que, por el lado de la oferta, las curvas del crecimiento económico no tienen la forma de una S, sino

(3) Cf. F. P. RAMSEY, *Economic Journal*, 1928.

que son exponenciales o, en todo caso, lineales. Las curvas del crecimiento de la población pueden presentar, y de hecho presentan, casi una forma cualquiera. El crecimiento debería, sin embargo, definirse para la mayoría de los fines como un crecimiento en la productividad. Este a su vez depende, en tanto existe paro de algún género, de la extensión del capital (que, naturalmente, aumenta la producción por habitante, pero no por trabajador), y del progreso técnico (que reduce el coste real de la producción), tanto si existe como si no existe paro. Ahora bien, en tanto que la mera extensión o ensanchamiento del capital pueda ocupar trabajadores parados o subocupados —como, por ejemplo, la afluencia de campesinos soviéticos hacia una industria mal organizada e ineficiente, tal como sucedió durante el primer plan quinquenal— o en tanto persista un gran atraso técnico que es preciso superar, el crecimiento económico puede ser, en verdad, muy rápido. Agotadas estas ventajas iniciales de la no madurez, disminuye el ritmo en la medida en que —como sucede ahora— dependen sólo del progreso técnico. Pero la disminución tiene lugar de una vez para siempre y no existe razón alguna para que el nuevo ritmo moderado de crecimiento deba reducirse de nuevo poco a poco. Esto es evidente, no sólo según la historia real del crecimiento de los países maduros (exceptuando los períodos de guerra y de depresión), sino también con arreglo a la naturaleza del progreso técnico. Porque en cuanto las “invenciones” o “innovaciones” se pueden hacer comparables estadísticamente, la investigación demuestra que su curva de crecimiento es exponencial (4). Si esto ha de ser siempre así, si la suma del conocimiento científico aplicable económicamente hasta ahora no descubierto es finita, es otra cuestión. No existen suficientes pruebas, cualesquiera que éstas sean, de ello (5). Es difícil ver *a priori* por qué una curva exponencial en la adquisición del conocimiento para reducir los costes o para la innovación de productos debería llevar a una curva en forma de S para el aumento de la productividad.

(4) OCBURN y NIMKOFF, *Handbook of Sociology*, pág. 525. Compárese FRANKCON ROBERTS, *The Cost of Health*, págs. 55-6.

(5) No soy capaz de decir *a priori* si el carácter finito es aquí más probable que el infinito. Es difícil ver el modo de empezar a razonar sobre una cuestión semejante.

No obstante, la productividad en una economía madura depende a largo plazo casi únicamente del conocimiento.

3. CRECIMIENTO E INVERSION

Otra proposición que debe también ser formulada desde el principio es la siguiente: *la causa principal del crecimiento de la producción por habitantes es la inversión*. Esto no es evidente, ni puede ser, como a menudo sucede, dado sencillamente por admitido. La extensión del capital —esto es, la mera acumulación (6) de activos duraderos semejantes a aquellos que se tienen ya en existencia— constituyen por definición un aumento de la cantidad de recursos disponibles para la producción; es como el descubrimiento de nuevas tierras. Su utilidad está severamente limitada, como hemos visto, por la cantidad de las fuerzas de trabajo; no, por supuesto, por la de la población consumidora total. No es posible utilizar —sino más bien lo contrario— la extensión del capital si no existen hombres subocupados o parados para las nuevas máquinas. Así, cuando las fuerzas de trabajo están plenamente ocupadas, el crecimiento de la producción por habitante se debe muy principalmente al descubrimiento y *aplicación* de nuevas técnicas, nuevos minerales, nuevas instalaciones, etc.

Actualmente algunos autores (7) consideran el progreso técnico como una causa superior, no sólo a la extensión del capital en particular, sino a la inversión en general, en el crecimiento. Puede que sea, en efecto, una causa superior, pero no independiente. La

(6) Incidentalmente, la frase comunista "acumulación de capital" es más reveladora que la "inversión" keynesiana, que es, sin duda, más general. La "inversión" denota absorber el ahorro excedente, manteniendo, de un modo u otro, el pleno empleo. Lleva a uno a pensar en la distribución de la renta y, generalmente, en el período corto. Desvía la atención de uno del aumento subsiguiente de la productividad y de la producción. La "acumulación de capital" no tiene ninguna de estas asociaciones de ideas. Denota, simplemente, crecimiento.

(7) Principalmente, el profesor CAIRNCROSS, en su importante trabajo "The place of Capital in Economic Progress" *International Social Science Bulletin*, UNESCO 2/1954; este número contiene también una admirable bibliografía sobre el crecimiento económico.

inversión es la fea, pero indispensable, criada de servicio en casi todo progreso técnico. En primer lugar, el descubrimiento y la aplicación de nuevas técnicas y materiales requiere mucho dinero, es decir, ahorro. En otros términos, aunque la multiplicación, mejora y renovación de activos de capital sea completamente diferente de la investigación, ésta constituye también una inversión (8). Y según la investigación avanza hallamos que todos los descubrimientos más fáciles se han realizado ya, aunque el campo restante del conocimiento puede que sea seguramente infinito, y por todo lo que sabemos (véase anteriormente) puede que el conocimiento económicamente útil también lo sea, los nuevos descubrimientos se hacen cada vez más costosos. Cada vez se utiliza más equipo con ayudantes menos inteligentes y más larga e intensa enseñanza especializada.

La *educación técnica* es con frecuencia el olvidado corolario de la investigación; este olvido se debe sin duda a que se le considera estúpidamente como una parte del consumo en las cuentas de la renta nacional. Cualquiera que sea nuestro concepto de la educación elemental y de las humanidades, que benefician al mismo tiempo al ciudadano y a la cultura tanto como a la productividad, no cabe duda que la educación técnica constituye una forma de inversión. La fragmentación del conocimiento, como hemos visto, exige cada vez cursos más largos y numerosos y, por tanto, estudiantes menos inteligentes (9).

La investigación y la educación técnica, por consiguiente, exigirá una creciente participación en la renta nacional (10).

En tercer lugar existe siempre un inmenso retardo en la aplicación de nuevas técnicas entre las mejores y las peores empresas.

(8) En los Estados Unidos, durante 1947/52 el 0,8 por 100 del producto nacional bruto se gastó en la investigación y del 6 al 8 por 100 de los gastos de las empresas en nuevas instalaciones (National Science Foundation, *Federal Funds for Research and Development* 1952 (Washington, 1953).

(9) Cf. FRANGCON ROBERTS, *op. cit.*, págs 71-4.

(10) Dejando a un lado, por falta de adecuada investigación, las cuestiones de calidad, debemos observar que la Gran Bretaña está atrasada con respecto a muchos países avanzados en el número de sus estudiantes técnicos. Y estos países están, a su vez, rezagados, como se suele desgraciadamente contrastar, con respecto a los países comunistas (BENJAMIN FINE, *New York Times*, noviembre 7, 1954).

Esto no puede ser corregido de una vez para siempre a través de una expansión de la inversión, dado que una empresa atrasada cambia su técnica no sólo más tarde, sino también menos frecuentemente que una progresiva. Cuanto más progreso técnico exista, mayor será la obsolescencia del equipo. Esto aumenta también la necesidad de capital.

Incluso la mera racionalización de la industria o la readaptación del trabajo dentro de una fábrica requiere algún ahorro para financiarla. Hay quizá sólo dos graves causas del crecimiento económico que están libres de los costes de inversión. La primera es la supuesta tendencia al ahorro de capital del moderno progreso técnico, al contrario de lo que ocurría en la época victoriana. Tomando sólo los años de pleno empleo, la relación del capital a la renta nacional en los Estados Unidos ha disminuído en cerca del 40 por 100 desde el período de prosperidad de 1911-14 (11). Pero no tenemos fundamento para extrapolar el curso de esta relación en cualquier dirección particular. Además, dicha reducción viene exagerada, e incluso puede deberse completamente a la omisión de los bienes de consumo duraderos del capital nacional. Por último, las cifras comparables para la Gran Bretaña no muestran tal tendencia (12).

La segunda posible causa del crecimiento sin costes del capital consiste en un aumento en la voluntad de trabajo de los trabajadores o en la adopción por los gerentes de empresa de la actitud norteamericana hacia los costes, la innovación y la producción, que han sido recomendados constantemente por los equipos anglo-norteamericanos de productividad. Pero ésta es, evidentemente, la mínima esperanza de todas las posibles soluciones al problema total, dado que no puede ser aplicada de ningún modo administrativamente, sino que es un asunto de sociología y propaganda; ¡el coste del cual sería también una inversión! Es conveniente sugerir aquellas soluciones a la inversión que sean más rápidas y fáciles. Debemos, por tanto, aumentar el *volumen total absoluto* de la inver-

(11) DOMAR, tomando la fuente de CAIRNCROSS.

(12) PHELPS-BROWN, *Economic Journal*, 1953. Las cifras de Mr. Redfern para la Gran Bretaña muestran una ligera tendencia decreciente, pero omiten también la educación técnica y los bienes de consumo duraderos. (*Economist*, enero, 22, 1955.)

sión, aunque quizá no sea necesario que aumente durante mucho tiempo su proporción a la renta nacional.

Naturalmente, todas las soluciones deben ser aplicadas al mismo tiempo. Un país que aplica a la vez soluciones sociológicas y de inversión (U. R. S. S.) crecerá más que otro que aplica sólo soluciones sociológicas (Estados Unidos) del mismo modo que este país crecerá más que nosotros, que no aplicamos ninguna (13).

No plantaremos aquí la cuestión de la dirección de las inversiones. ¿Deberían dirigirse, por ejemplo, hacia la industria donde, debido al bajo coeficiente de capital, una reducida inversión provocará mucho crecimiento, o hacia los servicios públicos, donde el coeficiente de capital es alto y el crecimiento relativamente lento? O lo que es más significativo, ¿deberían hacerse en bienes de capital para producir bienes de consumo (por ejemplo, telares) o en bienes de capital para producir nuevos bienes de capital (por ejemplo, máquinas herramientas)? Esta última política de inversión lleva, naturalmente, a ritmos de crecimiento mucho mayores; sin ella un crecimiento prolongado no es posible de ningún modo. Utilizaremos aquí el término "inversión" en un sentido global, prescindiendo de esta importante distinción. No forma parte de mi argumentación, por consiguiente, el que la inversión sea el único determinante del crecimiento o que su ritmo guarde alguna relación definida con respecto al ritmo de crecimiento. Basta simplemente con que, si se la define de modo que incluya el gasto de adquisición del conocimiento, constituya una —en verdad, la única— condición necesaria para el crecimiento; es también, a veces, una condición suficiente y, en todo caso, cuanto mayor es la inversión, mayor es el crecimiento.

(13) El *ahorro* (definido de forma que cubra la inversión productiva neta, los armamentos y el consumo personal de las fuerzas armadas, pero no la depreciación) constituyó los siguientes porcentajes de la renta nacional neta, al coste de dos factores: Reino Unido, 18 por 100 en 1948, 21 por 100 en 1951; Estados Unidos, 20 por 100 en 1950; U. R. S. S., 31 por 100 en 1937, 41 por 100 en 1948. Cf. A. BERGSON y H. HEYMAN, *Soviet National Income and Product 1940-48*, 24-5, 70-1. Las cifras de los soviets son sumamente especulativas y discutibles.

4. ECONOMIA DE LA ESCASEZ E INDECISION

En éste y en los siguientes apartados discutiremos el efecto de la conciencia del crecimiento sobre la economía de la escasez. Demasiada preocupación por resolver los problemas de la "escasez", adoptando la determinación de no infringir las ecuaciones del bienestar del profesor Lerner, por corto que sea el período o por poco importante que sea la conexión, disminuye el ritmo de crecimiento, dado que lleva a una indecisión, tanto por parte del gobierno como del empresario individual, frente a la inversión y a veces incluso antes del comienzo de la producción corriente. Crea una atmósfera hostil a la racionalización, normalización y producción en masa, e interfiere así con la eficiencia técnica en todo lo que, a pesar de la indecisión, finalmente se produce.

Esto se aplica más especialmente a los países subdesarrollados. Así, por ejemplo, el profesor Nurkse ha subrayado la necesidad de un crecimiento equilibrado (14):

"La dificultad originada por la pequeña extensión del mercado se relaciona con los incentivos a la inversión privada en cualquier rama particular de la producción, considerada en sí misma. En principio, al menos, la dificultad desaparece en el caso de una aplicación, más o menos sincronizada, de capital en un amplio campo de diferentes industrias. Aquí se tiene una escapatoria al estancamiento, cuyo resultado es una ampliación total del mercado... La experiencia ha demostrado ciertamente que los planes de inversión pública en gran escala, en su ejecución práctica, si no en su concepción, muestran a menudo una tendencia a desarrollarse con una marcada carencia de equilibrio".

Ciertamente, pero el equilibrio significa aquí invertir al ritmo de la industria más lenta: o sea del empresario más remiso, lo que equivale a decir a paso de tortuga, o bien, al ritmo del departamento gubernamental con menor gasto, lo cual no es lo suficientemente rápido. El problema del equilibrio no es sino un caso especial del problema de la escasez (15), y nos tropezamos aquí de

(14) *Problems of capital formation in Underdeveloped Countries*, páginas 11-17.

(15) No es, como ha sugerido el profesor NURKSE, una cuestión de embotellamientos físicos, que resultaría más grave (si no fuera por el cambio exterior), sino de mercados, es decir, de elección.

nuevo con la consabida dicotomía: una buena distribución de recursos frente a un rápido crecimiento. Puede haber demasiada preocupación respecto al equilibrio. Una inflación moderada superaría muchas de estas dificultades temporales.

Todo esto ha sido sugerido por el profesor Kindleberger (16), quien se lamenta de que los países coloniales tienden a comparar a un país dependiente con un país plenamente desarrollado, anotando todas las diferencias que "separan el primero del último, siendo estas diferencias la base de un programa". El deseo de lograr un desarrollo equilibrado les lanza en un atolladero de todo género de detalles casuísticos. También se ven agobiados en la ejecución del programa. La conclusión resultante es, evidentemente, que la técnica del desarrollo utilizada por los soviets es más efectiva; consiste en elegir unas cuantas "ramas esenciales" y concentrarse en ellas. Los detalles y las industrias secundarias pueden ser abordados más tarde. El hecho de que un programa semejante esté desequilibrado e infrinja las reglas de la "escasez", importa menos que su superior velocidad.

5. LA ECONOMIA DE LA ESCASEZ Y LA MEDIDA DEL CRECIMIENTO

Esto no quiere decir, en modo alguno, que no debamos considerar la cuestión de la "escasez" cuando llevamos a cabo una inversión en nuevos proyectos o empresas de investigación técnica, dado que sin *alguna* consideración acerca de la debida proporción entre un artículo y otro, el crecimiento puede no serlo en absoluto. Así, por ejemplo, en una comunidad hambrienta, un aumento anual del 10 por 100 en la producción industrial, unido a una disminución del 1 por 100 en la producción agrícola—siendo los dos valores iguales, *grosso modo*, en principio—no puede denominarse, verdaderamente, un crecimiento, sobre fundamentos de "escasez", sino una disminución; es decir, el índice de la producción de Laspeyres, que pondera la producción industrial y agrícola con arreglo a las relaciones de escasez del año inicial, es completamente engañoso, y para fines de bienestar sólo es aplica-

(16) *Review of Economics and Statistics*, noviembre 1952, pág. 391.

ble el índice de Paasche; y con una adecuada elección de "pesos" en el año actual, este índice puede ser fácilmente adaptado para mostrar una disminución. Esto, en realidad, pudiera justamente ser exigido sobre la base del bienestar a una economía planificada de los tiempos de Stalin; aunque por razones estratégicas habría buenas razones para aplicar el índice de Laspeyres, que pondera más un aumento en la producción militar, y, por tanto, sería bastante correcto.

6. CRECIMIENTO Y SOBERANÍA DEL CONSUMIDOR

La "escasez", sin embargo, no es lo mismo que la soberanía del consumidor. Donde "el hombre de Whitehall (o del Kremlin) conoce qué es lo mejor" (17), la soberanía del consumidor carece, por tanto, de vigencia, aunque los recursos continúen siendo escasos *vis-a-vis* a los fines competidores—a los múltiples fines de Whitehall, aun en el caso de que estén adecuadamente coordinados—. No existe motivo, por supuesto, para que, en ciertas ocasiones, "el hombre de Whitehall" no sepa qué es lo mejor, y constituye una mera demagogia sugerir lo contrario. En particular, la decisión voluntaria del consumidor de ahorrar, sin la cual no puede haber, en régimen de *laissez faire*, ni inversión para promover el crecimiento económico ni seguridad personal para el individuo, es siempre, cualquiera que sea el adecuado término de comparación que se elija, demasiado baja en el mundo moderno; excepto, naturalmente, cuando las decisiones de invertir son aún más bajas, ocasionando paro. Pero la expresión apropiada debería ser siempre "insuficiente inversión" y no "exceso de ahorro". Esta última frase contiene las más dañinas connotaciones en contra del crecimiento. La "salida expansionista", tan cara a los keynesianos, no consiste, en modo alguno, en ahorrar menos, sino en invertir más. Incluso cuando existe deflación, el ahorro es aún—en cierto sentido—demasiado pequeño; es menor que el volumen de la inversión que debiera haber. Aunque esto no niega, natu-

(17) *N. del T.* "Whitehall" es donde se hallan instaladas, en Londres, las oficinas del gobierno. La expresión "el hombre de Whitehall" se refiere, por tanto, al funcionario, a la burocracia oficial.

ralmente, el hecho de que, en tales circunstancias, un intento de ahorrar menos, aumentaría efectivamente la inversión, hasta el nivel de pleno empleo.

A esta irracionalidad debe agregarse la que resulta de la competencia entre los consumidores o entre los productores. Esta es la de las especificaciones técnicas establecidas por las compras no coordinadas de bienes finales o intermedios, pensando cada comprador sólo en sí mismo, poniendo corrientemente poca atención a las economías de racionalización y normalización; mientras que los productores, entregados a una pugna por la clientela en condiciones de competencia imperfecta, si bien son concedores de estas economías, no pueden individualmente llevarlas a cabo. Aquí también, de nuevo, el hombre de Whitehall—o el promotor de la concentración empresarial—conoce lo mejor. Sólo *excluyendo este último aspecto de la soberanía del consumidor, es posible satisfacer a éste en el mayor grado compatible con una cantidad dada de recursos. Sólo, quizá, mediante el ahorro forzoso pueden ser incrementados los recursos, hasta más allá, aún que el último bien del consumidor. Porque es la satisfacción, no la soberanía del consumidor, lo que constituye la esencia de la economía del bienestar. La sustitución de la palabra "satisfacción" por soberanía, es una parte de la inconsciente preferencia política. La soberanía, en los casos anteriores, tiene que ser incumplida con objeto de alcanzar la satisfacción.*

La competencia perfecta—como todo estudiante sabe—es aquel tipo de organización industrial que mejor garantiza la soberanía del consumidor. De aquí que muchos pasajes líricos de los libros de texto terminen en una casi teológica *O altitudo!* (18). Y la generalizada oposición al monopolio se basa en que restringe la producción por bajo del nivel que corresponde a la competencia. Este supuesto no ha sido empíricamente probado a partir de la llamada "Revolución de los gerentes" ("Managerial Revolution"). Y aun en el caso de que lo fuese, carecería de importancia, dado que constituiría sólo una violación de las ecuaciones del bienestar. El verdadero criterio para juzgar la orga-

18) *N. del T.* Exclamación de San Pablo (*Epístola a los Romanos*, XI, 33), refiriéndose a la ciencia y a la sabiduría divinas. Estas palabras se utilizan a propósito de un misterio insondable.

nización de una industria consiste en ver si promueve o no la inversión y el progreso técnico; y la "Revolución de los gerentes" ha llevado, evidentemente, al monopolio desde el ínfimo lugar en que se encontraba, en este orden de méritos, al más elevado, que —apresurémonos a añadir— comparte con un oligopolio cualquiera formado por empresas lo suficientemente grandes.

Es inútil alegar que la competencia perfecta está reconocida como la forma de organización más eficiente posible; dado que, en el presente caso, la palabra eficiencia se toma en un sentido completamente nuevo y espurio, a saber: "la respuesta a los cambios en la demanda de los consumidores" (no necesariamente a los cambios a largo plazo en las relaciones de escasez. Un monopolio pudiera percibir éstas mejor). Esto tiene muy poco que ver con el progreso técnico o con el crecimiento, y ni siquiera tropieza directamente con ellos. Una extrema sensibilidad de este género constituye una desventaja que lleva a una reducida inversión y rentabilidad, y que asfixia, por tanto, la investigación técnica. Apenas puede existir tampoco en unión de la producción en gran escala, que constituye, por supuesto, una condición para la eficiencia propiamente dicha. La eficiencia—en el sentido de un reducido coste real—es el deber microeconómico del hombre; dado que resulta el crecimiento —espontáneo o a través de la planificación— utilizando los recursos liberados por ella. Es característico de nuestra economía ciega ante el crecimiento que empañemos este vital concepto, extendiendo también el mismo al campo de la "escasez".

7. LA IMPORTANCIA RELATIVA DEL CRECIMIENTO Y DE LA ELECCION

El crecimiento choca, pues, en ciertos puntos con la soberanía del consumidor, e incluso con el mismo principio de la "escasez" (19). Es, sin embargo, completamente erróneo arrojar cualquiera de ellos plenamente por la borda. Las ventajas de cada uno deben

(19) Este conflicto no tiene nada que ver, debe ser observado, con la posibilidad de que un día el crecimiento económico haya ido tan lejos que los recursos dejen de ser escasos en absoluto. Esta es la cuestión del "pleno Comunismo", que ha sido descartada como fuera de lugar en la Sección 2.

ser medidas hasta donde sea posible y contrapesadas. Así, por ejemplo, corregir una importante y permanente mala distribución de recursos es, en sí mismo, crecimiento económico; porque una producción no necesaria no es producción en absoluto. El caso agricultura-industria, citado anteriormente, constituye un buen ejemplo. Por otra parte, infringir las ecuaciones del bienestar no es un absoluto e incondicional crimen; depende de la duración y cuantía de dicha violación. Basándose en cualquier criterio de sentido común sobre las comparaciones interpersonales o intertemporales de utilidad, un cierto aumento en el crecimiento es valioso, cualquiera que sea la cantidad de errores secundarios que se cometan en la distribución. Un crecimiento rápido disminuye el daño hecho por el incumplimiento, no sólo de la soberanía del consumidor, sino también de la distribución racional en general. Existen dos principales razones para esto.

En primer lugar, se tiene el argumento de "los cepillos del cabello y de las uñas". Según he dicho en otra parte:

"En la economía soviética hay, como siempre hubo, muy pocos cepillos del cabello y muchos cepillos de uñas, teniendo en cuenta los recursos disponibles, mientras que en una economía "capitalista" esta proporción se acerca siempre más a lo que debe ser. Pero la producción de estos dos artículos está creciendo, aproximadamente, en un 10 por 100 anual en la U. R. S. S. y en un 2 por 100 anual en los países "capitalistas". Al fin, el ciudadano soviético estará abastecido mejor, incluso de cepillos del cabello" (20).

El mero hecho del crecimiento, por tanto, hace tolerable, incluso, una mala distribución *permanente* de recursos.

Pero, en segundo lugar, la mala distribución no tiene necesariamente por qué ser permanente. El principio de la "escasez" no necesita siempre ser infringido en la misma dirección. Aquellos cuyo objeto es la planificación, los monopolios, los cartels, la competencia imperfecta, etc., basándose en el principio de la "escasez", suponen implícitamente que estas cosas ejercen siempre su perniciosa influencia sobre la distribución de los recursos en el mismo lugar de la economía; pero si el monopolio, la planificación, etc., surgen en diferentes lugares según el tiempo pasa

(20) WILES, *Oxford Economic Papers*, octubre 1953, págs. 315-16.

—y ellos contribuyen a que así sea—entonces la cantidad relativa, a largo plazo, de cepillos para el cabello y para las uñas, variará en torno al óptimo de “escasez”. Si las existencias en poder de los usuarios son relativamente grandes con respecto a las compras corrientes, no se ocasionará un gran daño por estas fluctuaciones, e incluso si no existen, la proporción correcta tendrá a menudo que ser encontrada según el péndulo de la planificación, el monopolio, etc., oscile de un lado para otro.

8. LA “ESCASEZ” Y UN PROGRAMA DE INVERSION FORZOSA

Estas consideraciones son particularmente importantes cuando ponderamos los pros y los contras del ahorro y la inversión forzosa. Ambos son, según hemos visto, evidentemente inevitables si el ritmo efectivo de crecimiento ha de exceder al ritmo “natural”, “garantizado” o de *laissez faire* en el próximo futuro, ya se trate de las áreas subdesarrolladas propiamente dichas o de las áreas maduras atrasadas, como la Gran Bretaña. Esto está muy lejos de querer decir—repetámoslo—que el ahorro y la inversión forzosa constituyen el único desideratum para dicho crecimiento, pero plantean interesantes problemas de “escasez” que no tienen lugar con otras medidas expansionistas. Suponiendo que se adopta la solución institucional que menos perturbe nuestra actual estructura política, social y económica con objeto de llevar a cabo este programa de inversión forzosa. La producción corriente se vende en un mercado libre, o por lo menos en un mercado tan libre como el que ahora tenemos. Habrá muchos mayores fondos disponibles para la inversión que ahora, gracia a un gran superávit presupuestario por encima de lo normal. Se nombrará un comité central encargado de distribuir cada año los fondos de inversión que las empresas privadas no hayan reunido espontáneamente. En la práctica se hará esto con toda probabilidad “irracionalmente”. De un modo ideal, por supuesto, esto no tiene por qué ser así. Pero en la realidad, en que hay que contar con la falibilidad humana, la precipitación con que se adoptan las decisiones, la influencia política y la corrupción, la dirección de estos recursos de inversión, será irracional. Entonces, dentro de un periodo de doce meses, los errores cometidos se harán lo suficientemente claros.

Las empresas privadas participarán en agrandar los embotellamientos y en corregir las desproporciones creadas por los errores previos de los planificadores y estos últimos invertirán los fondos excedentes del nuevo año, de tal forma que crearán embotellamientos y desproporciones en otras partes. Cometiéndolo *diferentes* errores cada año, no cometerán graves errores en absoluto (21).

De nuevo, y debido precisamente al crecimiento económico, no es probable que ocurran realmente graves sobreinversiones en cualquier rama particular de la economía. Siempre que un proyecto sea técnicamente factible—que no sea un plan de los cacahuets (22)—la demanda total, creciendo por medio de la inversión adicional en otras direcciones distintas de ésta, soportará, después de un cierto intervalo, cualquier error particular y lo convertirá en una necesidad *ex post facto*.

En tercer lugar, incluso un derroche absoluto—y de estos debe hacer algunos—es meramente un necesario subproducto de la superior prosperidad que el sistema trae consigo. Imaginemos que se trata de un proyecto que no será útil ni cuando esté terminado, ni en una fecha posterior, es decir, que no lo será nunca, cualquiera que sea la magnitud del crecimiento. Esto pudiera deberse a un fracaso técnico (el plan de los cacahuets) o a que se trata, simplemente, de algo no demandado. Ahora bien, una casa de modas debe comprar algunos vestidos que luego resulten invendibles. Los fabricantes de champán pueden fabricar botellas que después revientan (23). Si conociesen qué vestidos resultarán invendibles

(21) Los Planes quinquenales soviéticos han cometido, indudablemente, graves y permanentes errores con arreglo al principio de la "escasez". Esto se ha debido tanto a que el sistema de *formación de precios*, como el sistema de *distribución*, han sido irracionales. Si no hubiese sido por esto, la mera debilidad e incluso la influencia real del consumidor soviético habrían corregido eventualmente el programa de inversiones. Para ver el grado de esta influencia compárese WILES, op. cit., págs. 314-315.

(22) Este fué un fracaso técnico, no un fracaso en predecir la demanda o un error en la estimación de las relaciones de "escasez". Se supone en el texto que los errores técnicos de este género no tendrán lugar.

N. del T.—El famoso "escándalo de los cacahuets" del primer Gobierno laborista, que consistió en el despilfarro de muchos millones de libras en un intento de cultivar cacahuets en Tanganica, dentro de una zona y con unos métodos no comprobados completamente.

(23) F. H. KNIGHT, *Risk, Uncertainty and Profit*, pág. 213.

o qué botellas se estropearán, estarían en condiciones, por supuesto, de reducir sus costes. Pero no pueden sentarse y renunciar a producir todo, simplemente porque no conocen exactamente los riesgos; por el contrario, anotan esta pérdida como un coste de producción. Así, pues, una economía creciente puede considerar los irremediables errores de su programa de inversión forzosa como un coste del crecimiento. Supongamos un ejemplo puramente numérico, sin justificación empírica en absoluto: debido al programa se invierte un 30 por 100 de la renta nacional, en vez de un 15 por 100 y el derroche de los proyectos, en lugar de ser un 2 por 100 de la antigua inversión, representa un 6 por 100 de la nueva. Por tanto, algo así como un 1 1/2 por 100 adicional de la renta nacional se malgastará cada año. Pero si el ritmo de crecimiento aumenta, supongamos, del 2 al 3 por 100 acumulado—aditiendo que la nueva inversión está sujeta a los rendimientos decrecientes más bien rápidamente—y que ya al cabo de dos años la renta nacional es mayor de lo que habría sido de otro modo. Después, naturalmente, este exceso se hace mucho mayor, aunque la participación del consumo mucho tiempo no sale del atraso (24).

En cuarto lugar, no es cierto que este género de planes requiera una imposible perspectiva a muy largo plazo de la estructura futura de la demanda. Semejante previsión, se ha objetado,

(24) Sea P la renta nacional presente y F_n la futura, según se espera ahora. Entonces $P(1,02)^n = F$, donde n es un número cualquiera de años. Bajo la nueva distribución partimos de $0,98 P$, debido al despilfarro cometido en los proyectos, y $0,98 P(1,03)^n = F'$, la nueva renta nacional final. Por
 $\log. 0,98$...

tanto, $F' = F$, cuando $n = \frac{\log. 0,98}{\log. 1,02 - \log. 1,03}$. El consumo, al contrario

que la renta, necesita mucho más tiempo para recuperarse. Así, no es hasta el año veintitrés igual a lo que habría sido en el mismo año bajo la antigua distribución, y no vuelve a alcanzar hasta el octavo año el nivel que tuvo cuando el cambio fué introducido (suponiendo siempre que se continuará invirtiendo el 30 por 100 de la renta nacional; naturalmente, si invirtiéramos menos después de un cierto tiempo, podríamos fácilmente consumir más de lo que habríamos sido capaces bajo la antigua distribución). En la excesiva longitud de estos períodos está la explicación de mucha de la reciente historia económica de los soviets.

es mucho más de lo que puede pedirse al más avisado de nosotros. Los ejercicios estadísticos, tanto públicos como privados, en la predicción de la demanda, son a menudo sencillamente falsos (25). Ahora bien, aunque esto sea perfectamente cierto, no afecta al caso para la planificación de las inversiones aquí adelantado. El planificador no es requerido para estimar la demanda futura para un período mayor que la vida de cualquier activo particular de capital que está considerando en cualquier momento. Si se trata de un bien muy duradero debe hacer, por supuesto, lo mismo que un empresario privado, una estimación a largo plazo; en el caso contrario, no tendrá que hacerlo. Ningún nuevo problema de previsión ha surgido. En realidad, el problema ha perdido importancia, y se requiere *menos*, no más, previsión que antes, dado que la economía está creciendo ahora más rápidamente, la probabilidad de una disminución absoluta en cualquier rama de la producción es menor que antes. Cuando existe la posibilidad de una disminución absoluta, no sólo la inversión extensiva (que expande la capacidad a los costes actuales), sino también la inversión intensiva (que reduce los costes con la presente capacidad), se hace una dudosa proposición. Debemos prever la demanda para saber si, realmente, será rentable. Sólo las empresas intramarginales deberían hacer semejante gasto, y es una cuestión de predicción saber justamente cuántas—y cuáles—son intramarginales. Todo este problema queda muy reducido con un mayor crecimiento, de modo que podemos sostener con bastante fundamento que la planificación de las inversiones del tipo propuesto reduce efectivamente el grado de perspectiva requerido.

La cantidad de errores cometidos en la distribución de los recursos puede aún ser exagerada de otro modo. Cuando invertimos no sólo distribuimos todos los recursos escasos ordinarios, sino también el "capital", es decir, la "espera". Un programa de inversión forzosa no necesita implicar sólo una mala distribución de la "espera". Porque existe siempre en cualquier momento un enorme número de planes rentables que deberán ser emprendidos un día, "cuando el capital esté disponible". No hay necesidad de emprender planes no rentables: la más modesta propuesta

(25) Que son en verdad ampliamente falsos ha sido demostrado por el prof. DEVONS, en *Lloyds Bank Review*, julio 1954, págs. 30-5.

es suficiente para que todos los planes rentables se pongan en marcha inmediatamente, Exactamente lo mismo que un corte de la inversión, impuesto por el Gobierno, significa meramente que los planes han sido aplazados, así un aumento significa simplemente que han sido acelerados. La dirección de las inversiones tienen que ser determinadas aún por el mercado, o por consideraciones directas respecto del bienestar; sólo el volumen es aumentado por encima de lo que, naturalmente, habría sucedido.

Hay una cierta tendencia por parte de los economistas partidarios de la economía del bienestar, cuando consideran el tipo de interés, a decir: "Aquí está la lista de planes posibles; el tipo de interés nos dice en qué orden, y, en verdad, si pueden emprenderse". Este constituye un punto de vista demasiado estático; no existe un número finito de planes, ni tampoco nada que se parezca a un agotamiento de las oportunidades de capitalización. La inversión ocasiona el crecimiento. Por tanto, *los gastos de capital aumentan el número de oportunidades al capital*, haciendo algunos planes más deseables que antes, otros deseables por primera vez, y algunos de ambas clases técnicamente posibles por vez primera.

Los fondos adicionales para la inversión deberían entonces ser extraídos, sin miedo, de los consumidores y esparcidos por doquier. El principio de la "escasez" no sería muy afectado—según dijo una vez acertadamente Stalin—:

"Algunos camaradas deducen de esto que la ley del desarrollo planeado de la economía nacional, la planificación de la economía nacional, destruye el principio de rentabilidad. Esto es completamente erróneo, y lo contrario es la verdad. Si uno considera la rentabilidad no desde el punto de vista de las empresas individuales o ramas de la producción, y no dentro del período de un año, sino desde el punto de vista de la economía nacional total y dentro de un período de tiempo de, por ejemplo, diez a quince años—lo cual sería el único enfoque correcto—entonces, la temporal e inestable rentabilidad de las empresas o ramas individuales de la producción no podrían nunca soportar la comparación con aquella más elevada y estable forma de rentabilidad, que la actuación de la ley del desarrollo planeado de la Economía nacional y la planificación de la Economía nacional nos daría, ahorrándonos

las periódicas crisis económicas que destruyen la economía nacional e infligen colosales daños materiales a la sociedad, y nos aseguraría un crecimiento ininterrumpido de la economía nacional con un elevado ritmo" (26).

9. EL CRECIMIENTO Y EL CLIMA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

"La abundancia, no la escasez, es la esencia de la economía". En cierto sentido esta frase es de uso corriente en los medios populares no académicos; pero encierra una gran verdad. Porque si bien el dar importancia a la elección y a la escasez es lógicamente compatible con la debida insistencia sobre el crecimiento, no lo es psicológicamente. Sus implicaciones son todas incorrectas, y los economistas que están interesados en la elección no lo están, en realidad, en el crecimiento, según Mr. Colin Clark nos enseñó hace mucho tiempo en su brusca, pero saludable, separación de la economía clásica (27). Mr. Clark no está, como él mismo es el primero en reconocer, teóricamente tan firme, pero mucho más sano, que el espectáculo del profesor Robbins retorciéndose las manos:

"El tiempo a nuestra disposición es limitado. Hay sólo veinticuatro horas en el día. Hemos de elegir entre los diferentes usos a que pueden dedicarse. Los servicios que otros ponen a nuestra disposición son limitados. Los medios materiales para lograr los fines son limitados. Hemos sido arrojados fuera del Paraíso" (28).

Para los comunistas el Paraíso está en el porvenir, y podemos justamente replicar con Carlos Marx:

"Los filósofos sólo han *interpretado* el mundo de varios modos; la cuestión, sin embargo, es *transformarlo*" (29). Esto significa,

(26) "Economic Problems of Communism", *Bol'shevik*, 18/1952.

(27) *Conditions of Economic Progress*, prefacio a la primera edición. La retirada de esta severa crítica de la segunda edición parece arrojar una sombra prematura: que los fondos que están ahora disponibles para el estudio de la renta nacional nos proporcionan sólo un corto avance hacia una economía de la abundancia.

(28) *The Nature and Significance of Economic Science*, 1.^a ed., pág. 15.

(29) *Theses on Fierbach*.

naturalmente, que los economistas deben hacer juicios de valor. Pero el profesor Robbins es mucho más explícito en favor de dicha actividad, negándole sólo el nombre de economía. Su error consiste sólo en una mala colocación del énfasis y este artículo no tiene otro objeto que cambiar dicho énfasis. No contiene, hasta donde yo conozco, una innovación concreta. La "escasez", entonces, es una réplica efectiva al socialista redistributivo y democrático de Occidente, cuya sola idea es hacer salir un cuarto de galón de un cacharro que sólo contiene una pinta (un 1/8 de galón). Pero el socialista totalitario del Este, consciente del crecimiento, tiene una respuesta demoledora para esto: ¿Por qué no haces un recipiente de un cuarto de galón como yo? Por encima de todas nuestras microelecciones pende, como diría un lógico, una metaelección. La satisfacción de las ecuaciones del bienestar es, en sí misma, un fin competidor. Debemos optar, en cierto grado, entre elección y crecimiento.

P. WILES